

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES



Tomo XXXI

Año 2023

BRAEX

(Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes)

Tomo XXXI Año 2023

DIRECTORA

Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez

CONSEJO ASESOR

Excmos. Sres.:

Doña María del Mar Lozano Bartolozzi, D. Jose Luis Bernal Salgado, D. José María Álvarez Martínez, D. Salvador Andrés Ordax, D. Miguel del Barco Gallego, D. Antonio Viudas Camarasa, D. José Miguel de Mayoralgo y Lodo, D. Eduardo Naranjo Martínez, D. Luis García Iglesias, D. Feliciano Correa Gamero, D. Antonio Gallego Gallego, D. Francisco Javier Pizarro Gómez, D. Manuel Pecellín Lancharro, D. Luis de Llera Esteban, D. Joaquín Araújo Pontano, D. Gerardo Ayala Hernández, Dña. Pureza Canelo Gutiérrez, D. Jesús Sánchez Adalid, Dña. María Jesús Viguera Molins, D. José Julián Barriga Bravo, Dña. Trinidad Nogales Basarrate y D. Jesús García Calderón.

Correspondencia y suscripciones:

Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes
Palacio de Lorenzana
C/ de la Academia s/n
10200 Trujillo, Cáceres (España)

Patrocinio:

Consejería de Cultura, Turismo, Jóvenes y Deportes. Junta de Extremadura

Colaboración:

Excma. Diputación Provincial de Badajoz
Maquetación: María Sabater

ISSN: 1130-0612

Dep. Legal: BA-792-2016

Imprime: Imprenta Provincial. Diputación Provincial de Badajoz
Printed in Spain

La caza mayor en Extremadura

POR VÍCTOR GUERRERO CABANILLAS

Dedico esta reflexión abierta a todos los jóvenes, comprometidos y amantes de la naturaleza, el paisaje y las tradiciones vernáculas. En particular, a mi amigo Luis García de la Cuerda Fernández Daza, amante de la caza mayor sostenible, como yo también lo fui, y de la biota extremeña.

¿Qué es la caza? ¿Qué es lo que define al cazador? Desde luego, la caza es algo más que un simple pasatiempo. ¿Diversión, evasión, ocupación? Veamos. El verbo cazar del latín vulgar *captiare* (perseguir) procede del latín *captare*, que se traduce como apresar, recoger, percibir, una actividad comunal o grupal practicada en entornos naturales, no siempre con resultados positivos.

La acción cinegética irá seguida o no de la captura y muerte del animal de caza, sin que esta contingencia envilezca o corrompa el significado de la acción venatoria. Vaya por delante entonces que no se caza por matar—*Venare non est occidere*—sino al revés, se mata por haber cazado.¹ La acción cinegética, vecera e impredecible, corre el riesgo de regresar de vacío, una contingencia que habrá de tenerse presente.

Pero antes de proseguir quiero llamar la atención sobre dos cuestiones pertinentes. La primera que, siguiendo la senda literaria de Miguel Delibes, soy también un cazador que escribe, después de haber llenado la mochila de material literario, por encima de un escritor que caza. La segunda es que, adelantándome a los contenidos y resultados de esta exposición, a la protección reguladora de esta singular actividad humana por intereses sociales, económicos, culturales y medioambientales, se le debe añadir hacerlo también por su condición de patrimonio cultural inmaterial. De su presencia a lo largo de toda la historia de la humanidad se conserva una abundante bibliografía a nuestra disposición, de la que daremos cuenta en la medida que nos parezca más pertinente a lo largo del texto.

Se entiende la práctica cinegética como una actividad humana de carácter cooperante, socializante y recreativo. “Echarse al monte” de manera recurrente es como huir acuciado por la hosciedad del día a día, alejarse de los incómodos lugares lastimosamente habitados. Huir recurrentemente pero no como un fugitivo, sino como alguien que ansía caminar hacia atrás en busca

1 JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Prólogo. Veinte años de Caza Mayor*, Editor Banco Guipuzcoano, 1986.

de las huellas de nuestro pasado más atávico. El hombre es un tráfugo de la naturaleza que redime sus culpas cazando. Cazar y montar es también adentrarse en el monte buscando, como el errante G. Adolfo Bécquer “el rápido mudar de las decoraciones y de las escenas” de su vida cotidiana anodina.² Me refiero a quienes J. Ortega y Gasset denominó “despaisados” (todavía sin el reconocimiento de la RAE). En la actualidad, en la caza mayor los objetivos venatorios son jabalí, ciervo, gamo, corzo, cabra montés, muflón y arruí, mientras que en la menor las piezas cinegéticas son perdiz, faisán, paloma, codorniz, tórtola, zorzal, conejo y liebre. Hay pues dos clases de caza: la mayor, reservada a las élites sociales hasta los tiempos de la crisis del Antiguo Régimen y aún después, ya a mediados del siglo XIX; y la menor, propia de las clases populares de los “plebeyos, curas rurales e hidalgos de poca monta”, como diría un cronista medieval.

No resulta exagerado afirmar que la caza mayor, una actividad que se vale del concurso de perros adiestrados, destinada a la captura y muerte de determinadas especies animales, fue determinante en el proceso de hominización y socialización de nuestro ancestro. Los perros no campean en busca de la caza forzados por el hombre sino movidos por su afición venatoria. Paleohistóricamente se sucedieron distintas fases evolutivas, caracterizadas por la utilización y domesticación del fuego y la fabricación de diferentes herramientas de piedra en una permanente lucha por la adaptación.

2 BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Cartas desde mi celda*, IV. Cervantesvirtual.

Este largo proceso evolutivo llevó a los homínidos, de nómadas cazadores y recolectores a sedentarios introductores de la ganadería estante y la agricultura. Fieles al lema de cazar para vivir, tal y como se muestra invariablemente en las pinturas rupestres, tanto el grupo de iguales como la caza llevada a cabo de manera conjunta y cooperante fueron parte esencial de los valores de nuestros ancestros durante el paleozoico, así como el motor de su evolución.

La caza está pues en el origen, siendo la primera ocupación del hombre. Y también en el origen de la pintura, el lenguaje y la religiosidad primaria. Es la que nos ha hecho como somos. Y no por cierto, el fruto de una casualidad cósmica. Homínidos *australopithecus*, *habilis*, *erectus*, *ergaster*, *antecesor* y, en último lugar, *H. neandertal* se quedaron en el camino de la adaptación porque perdieron el norte inexcusable de la evolución. Dejar de ser vegetarianos para convertirse en omnívoros condicionó positivamente el desarrollo evolutivo hasta la actualidad. Este proceso adaptativo fue precisamente el argumento del libro *La evolución del hombre: La hipótesis del cazador*, cuya lectura me parece obligada.³

Regresar al consumo exclusivo de hierbas y forrajes dejando de ser carnívoros, después de tantísimo esfuerzo adaptativo como el que hicieron nuestros antepasados, sería más que una grave torpeza e insensatez; desembocaría fatalmente en un desastre humanitario de magnitudes planetarias, para ser más ex-

3 ROBERT, Ardrey. *La evolución del hombre. La hipótesis del cazador*. Madrid, Editorial Alianza. (1998).

plícito. La vida en nuestro planeta está sujeta inexorablemente a la heterotrofia: comer o ser comido. No cabe salvedad alguna.

Nuestro ancestro el *Homo habilis* se hizo bípedo carnívoro por fuerza mayor. Gracias a esa exigencia adaptativa se convirtió en cazador y humano inteligente. Por ello puede decirse que todos los seres humanos somos portadores de una impronta depredadora ancestral: cazar fue el imperativo existencial y el recurso del hombre prehistórico para poder subsistir. Transmitida oralmente de generación en generación practicó a lo largo de siglos una cinegética con idéntica sistemática de acción. Ninguna discrepancia, salvo la de las armas utilizadas, hay entre la escena de caza del Paleolítico superior reproducida en la pared de la cueva de los Caballos en Castellón – las reses cervunas son espantadas hacia la línea de lanzadores de flechas y lanzas- y la imagen fotográfica que se puede hacer de una montería actual en la Siberia extremeña. En aquel panel pictórico de la pared de la cueva de abrigo se mostraba cómo el ser humano había comenzado a ser protagonista, refrendando un acontecimiento habitual en sus vidas como era una cacería de ciervos. Quizás respondiera este hecho a una pulsión irreprimible de conservar y recrear la memoria de acontecimientos cruciales o singulares de sus vidas o a un ritualismo mágico invocador, mezcla de religiosidad y de lenguaje apenas esbozados de carácter propiciatorio: inmortalizar a los animales capturados con la pretensión de devolverles y perpetuarles la vida o la memoria de su existencia pasada.

En la actualidad la caza está inmersa en un proceso crítico de cambio, determinado por el nacimiento y desarrollo de un nuevo mercado generado por el *boom* cinegético, que está transforman-

do la naturaleza y modos de su gestión – valor emergente del trofeo, granjas de cría y selección, cercos de cría intensiva de jabalíes, cerramientos perimetrales, caza a la carta para tiradores muy selectivos y otras-, aunque permanecen las prácticas seculares; la montería y las rehalas de perros siguen representando el paradigma de la caza mayor.

Dicha ocupación estuvo siempre sujeta a las influencias sociales. Tan poderosas, a veces, que se hace recomendable la implantación de un sistema de control de la calidad cinegética que asegure la sostenibilidad, la biodiversidad y la pureza genética de las especies animales conservando la biota. Utilitaria, recreativa y deportiva, he ahí las virtualidades que debe reunir cualquier explotación cinegética.

El arte de la caza obedece a un repertorio de pautas conductuales inveteradas, veceras, impredecibles, contenidas y proporcionadas; la venación debe discurrir por unos escenarios cinegéticos donde no haya cabida para las desmesuras. Tampoco para gurús iluminados defensores a ultranza de las tesis animalistas: el artista Jeff Mac Mahon es uno de los nuevos gurús de la Filosofía que defienden que haya pocas especies animales, pero que “vivan bien y sin miedo ni estrés predatorio” -¿se haría preciso acabar con la depredación en el universo?-, me pregunto). Parecen desconocer la realidad del mundo rural, razón por la cual se muestran tan receptivos a las tesis animalistas.

Derek Parfit, otro filósofo animalista, especializado en identidad personal, ética y filosofía moral, cuestiona abiertamente la densidad y la diversidad por encima de la calidad de vida, de manera que hemos caído en manos de un ecologismo acientífico

ideologizado, próximo a las tesis del naturalismo filosófico. Son graduados universitarios en Filosofía, Sociología, Matemáticas y otras ciencias, pero paradójicamente ignorantes en Veterinaria, Ciencias Alimentarias y otras afines.

Muy atrás han quedado los tiempos del reinado de Sancho el Sabio, rey de Navarra. En su *Los paramientos de la caza* (1180) señalaba quienes podrían ser sus practicantes: “Solo el Rey, los Rico-Hombres, los Infanzones y Caballeros podrán cazar los animales de caza mayor. Prohibimos pues por este fuero a toda persona de calidad inferior que se dedique a esta caza”.⁴ Cabe así señalar su secular configuración como un privilegio, una ocupación de unos pocos, precisamente los más poderosos: el rey y sus cortesanos más cercanos. Alfonso XI, en el *Libro de la Montería* (1582), un libro de cabecera para monteros, se inclinaba por la caza del venado “como lo más noble et la mayor, et la más alta et la más caballerosa et la de mas placer”. No llegó a haber consenso sobre las especies preferidas, aunque oso y jabalí fueran las más codiciadas por razón de su mayor riesgo venatorio, pues el simple acopio de carne había dejado de ser un incentivo para su caza.

Fue pues un privilegio privativo del poder hasta mediados del siglo XIX en que dio comienzo su liberalización. Del mismo modo tampoco es ya un medio de vida, sino una actividad de ocio.

Alonso Martínez de Espinar (1588-1682), ballestero real, un gran experto en caza mayor, que con frecuencia solía acompañar a Felipe IV en sus cacerías, la definió en su “seguir y perseguir a

4 SANCHO IV EL SABIO. *Los paramientos de la caza*, (1180).

las fieras y a las aves para rendirlas y sujetarlas el hombre a su dominio”.⁵

Otro autor, también balletero mayor con Felipe IV fue Juan Mateos, inmortalizado por Velázquez en varios retratos a lo largo de su vida; en su obra *Origen y dignidad de la caza*, incorporó entre otras una descripción de la caza con tela. La primera parte de su tratado trata íntegramente de la caza del jabalí en montería. En la segunda parte, dedicada a la ballestería y los tipos de cazadores, hacía hincapié en la caza mayor como la mejor manera de enseñar a los príncipes la teoría y la práctica de las artes militares.⁶

Fuera de duda que sus repercusiones sociales, su importancia económica y sus características emblemáticas la convirtieron en una actividad social de especial interés antropológico. La práctica de la caza mayor en montería encierra un gran valor simbólico que forma parte del acervo sociocultural extremeño. Su rica semántica peculiar, la diversidad de estrategias de su práctica, sus ritualidades, así como el sentido mítico y mágico del encuentro del hombre cazador con el paisaje rural y la propia naturaleza.

Las reglas de cada modalidad se transfieren oralmente a lo largo de los siglos: el rito propiciatorio del rezo al inicio de la montería, determinados comportamientos con el animal cazado como la castración del jabalí muerto o su ocultación bajo ramas

5 MARTÍNEZ DE ESPINAR, ALONSO. *Arte de ballestería y montería*, (1644).

6 MATEOS, Juan, *Origen y Dignidad de la caza*, (1634). Nacido el autor en Villanueva del Fresno (Badajoz), fue un destacado montero y balletero al servicio de los reyes Felipe III y Felipe IV.

de romero y mirto, a modo de homenaje póstumo al animal totemico de los tiempos de los jabalíes de Erimanto o de Calidón de la mitología clásica griega; la recreación de seculares pautas de conducta, la disecación para preservar su memoria y dar al cadáver del animal cazado la apariencia de haberle devuelto a la vida, los relatos del universo narrativo del practicante en relación con los cazaderos y la fauna cinegética todo ello aleja esta actividad humana de simplificaciones y estereotipos manejados por sus detractores.

De la mitología clásica griega proviene la imagen mítica del jabalí de Calidón, autor de la muerte de Adonis, como una bestia de grandes colmillos, feroz y agresiva, una imagen portentosa que se mantiene todavía en el imaginario colectivo. Así pues, como unos Heracles de nuestro tiempo habría que tener y juzgar a monteros extremeños tan arquetípicos como lo fueron el “capitán” Pedro Castillo, Antonio Covarsí, conocido como “El montero de Alpotreque”, Pedro Cevallos-Zúñiga, Leopoldo Castillo o el simpar cazador Manuel Terrón Albarrán, que fuera socio fundador y secretario perpetuo de la Real Academia de las Artes y de las Letras de Extremadura.

La montería forma parte de nuestra identidad cultural extremeña: las sociedades locales, peñas, clubes y asociaciones abiertas de monteros, dispersas por nuestra geografía, proporcionan a sus miembros un mayor arraigo social y territorial reforzando su identidad. La pertenencia al grupo con el que simpatiza otorga seguridad y autoestima. Hace sentirse más reconocido al cazador. Muchas de estas entidades, considerándose depositarias de una vasta herencia cultural, ponen un énfasis especial

en la preservación, recuperación y protección de las maneras tradicionales de su ejercicio, un reglamento no escrito, transmitido de boca a boca, así como en la reprobación de conductas inapropiadas de los cazadores. Harían bien en generalizar esta última actitud descalificadora que restaría argumentos a quienes esgrimen la ilegitimidad moral como razonamiento para su prohibición.

El mundo de la caza en España se enfrenta a un gran conflicto de relación con la sociedad no cazadora que ignora el mundo rural. Con bastante frecuencia aparecen en los medios de información estimaciones y juicios del siguiente tenor: “Como todo el mundo sabe, terminada la temporada, los cazadores abandonan sus perros”. Así, sin más. En algunos ambientes ideológicos radicales, al cazador se le considera como un malhechor sin tener en cuenta su contribución a la economía del medio rural, su apoyo a la conservación del paisaje natural y a la sostenibilidad de la propia fauna cinegética. Nadie como él percibe y siente el entorno paisajístico

Aunque lo sean sólo por intereses de clase, los verdaderos y genuinos conservacionistas son los practicantes de la caza mayor y menor: no sólo es dedicar una parte de nuestro tiempo a la actividad cinegética, sino ser, pertenecer, compartir y tener una cultura multiseccular nacida del encuentro del hombre con la naturaleza amenazada de extinción. No olvidemos que el hombre y su medio ambiente nacieron el uno para el otro. En el momento actual se hace importante recuperar esta relación consuetudinaria con el mismo énfasis que ponemos en la defensa y conservación de los monumentos de tiempos pasados.

“El hombre no tiene esencia, solamente tiene historia”, decía J. Ortega y Gasset en el famoso prólogo a la obra *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes. De desaparecer o prohibirse esta actividad humana se perdería para siempre una parte significativa de la identidad cultural de nuestra especie. Cuatro tipos de sociedades, de menor a mayor complejidad, banda, tribu, jefatura y Estado, otros tantos estadios evolutivos como animales sociales, distinguió el científico americano Elman R. Service.⁷

El mismo patrón se repite cada temporada de caza mayor en las cumbres y laderas de los relieves montañosos extremeños cubiertos de bosque y matorral, un bioma singular desarrollado en regiones de clima mediterráneo. Desde los tiempos del Pleistoceno fue entretejiéndose esa urdimbre sociocultural sustentada en un repertorio de hábitos cinegéticos enraizados en el imaginario popular.

La historia de los homínidos y de los primeros seres humanos se desarrolló entre cambios climáticos conocidos como glaciaciones. Los ancestros del ser humano pudieron adaptarse a dichos cambios en las extensas praderas africanas, los bosques del Asia oriental, la tundra siberiana, los bosques europeos o los valles americanos. La clave del éxito de la especie humana, aparte del manejo del fuego, se debió precisamente a que mediante su inteligencia fue capaz de desarrollar una tecnología de útiles de piedra apropiados a sus necesidades de supervivencia.

7 SERVICE, Elman R. *Los cazadores* (1966). Se trata de un estudio antropológico de las últimas sociedades dedicadas como actividad prioritaria a la caza y recolección. Hay cuatro grandes tipos de sociedades de menor a mayor complejidad: banda, tribu, jefatura y Estado.

La caza pues es una actividad de origen prehistórico que fue clave en la socialización y humanización de nuestros ancestros. El hombre paleolítico en suma era cazador de oficio, su más precoz ocupación. La primera forma de vida del hombre fue la de cazador. “Su primer menester”, decía J. Ortega y Gasset. Incluye también cuanto sucede antes y después del lance de disparar sobre el animal salvaje objeto de caza.

Nuestros antepasados, los *homo sapiens* del Paleolítico Medio, eran cazadores y recolectores nómadas; constituyéndose en “bandas”, trataban así de mejorar los resultados cinegéticos amortiguando, a un mismo tiempo, los riesgos y mejorando la eficiencia de la práctica individual. Antes, habían venido practicando la venación de grandes animales, bóvidos y équidos salvajes, de manera individual, pero compartiendo los excedentes cárnicos con algunos cánidos y con el resto de iguales de manera que se convirtieron en proveedores solidarios. En qué momento los homínidos antepasados nuestros comenzaron a auxiliarse de perros domesticados es una cuestión no resuelta aún.

¿Cuándo y cómo se hicieron socios perros y hombres cazadores? Un cambio climático deforestó grandes áreas territoriales. Disminuyó la frondosidad de los bosques de manera que nuestro homínido antecesor se vio obligado a andar y correr tras la presa. Primero fue el uso del arco y la piedra, pero la pregunta capital era ¿Quién enseñó a quién? Creo que la respuesta resulta obvia. El perro enseñó al hombre a acechar, correr como predador tras la pieza formando parte del grupo de perros cazadores. El perro enseñó a cazar al homínido que pasó de ser cuadrúpedo a bípedo. Fue con toda probabilidad el perro de las prade-

ras quien domesticó al ancestro humano y no al revés. Ocurrió cuando se vio obligado a bajar del árbol. Allí no había frutos sino animales que corrían. Los perros tendrían su oportunidad.

Tal vez esa amistad entre ambos, a la que tanto se cacarea, no fuera en realidad nada más que una alianza interesada fomentada por la similitud en su comportamiento social. Nos falta conocer la opinión de los cánidos, es verdad, sin cuyo testimonio poco podemos avanzar. La caza nos sirvió para subsistir y evolucionar, suponiendo la incorporación del perro un gran salto evolutivo.

En cualquier caso, se puede decir que desde aquel momento dicha actividad comenzaba a parecerse a la montería actual. Además este comportamiento grupal indujo al desarrollo de nuevos lazos afectivos y de una mayor cohesión y raigambre social, más allá de las simples relaciones de parentesco. Puede decirse entonces que su práctica contribuyó destacadamente a la humanización y cohesión social de aquellas bandas, cuadrillas, tribus u hordas primigenias. De estos procesos vendría un complejo repertorio de costumbres inveteradas de las que la pintura y literatura dejaron notables muestras.

Durante el siglo de Oro fue una actividad humana que mereció respeto y admiración a tenor de las fuentes documentales consultadas. En el primer párrafo de *El Quijote*, M. de Cervantes definía al protagonista Alonso Quijano como “gran madrugador y amigo de la caza” y en el Capítulo XXXIV de la Segunda Parte abocetaba con su pluma magistral el ejercicio de la montería en aquel tiempo. F. de Quevedo, en su prólogo a la obra de A. Martínez de Espinar, antes citada, alude a ella como una actividad

humana singular. Otro tanto cabe decir de grandes pintores anteriormente mencionados.

Con el tiempo, nuestros ancestros comenzaron a cultivar sus propios alimentos y a criar animales domésticos, de manera que la caza dejó de ser en un momento determinado una exigencia insoslayable para la subsistencia; dejó de ser un oficio necesario para convertirse, como así sucede en los tiempos actuales, en esparcimiento o diversión. Diversión que etimológicamente significa revivir o recrear, volver a ser transitoriamente, una ocupación ejercida de nuevo en los mismos escenarios que fueron, aparte de fuente alimentaria, el cobijo y el suministro de leña, medio de vida para nuestros antepasados del Paleolítico Medio. La montería entonces podría ser tenida como la rememoración y perpetuación de una práctica cinegética ancestral, pero también una concelebración grupal que recrea o reproduce escenas de la hominización de nuestros ancestros.

En los últimos tiempos para una cuantiosa población masculina de extremeños, muchos venidos de la caza menor – cada día que pasa más vecera y escasa -, la práctica de la caza mayor ha experimentado un notable crecimiento de manera que va camino de culminar su total democratización. A partir de los años 1980-90 la presión económica ejercida por el *boom* cinegético fue mercantilizando estas prácticas de las monterías, externalizando en manos de “orgánicos” o clubes de monteros su celebración. Desaparecieron en pocos años las llamadas monterías de invitación, lo que había venido siendo una actividad exclusiva de los grandes propietarios de fincas. El de monterías románticas, un título equívoco y poco acertado, se refería a las monterías por

invitación intransferible organizadas por la propiedad de las tierras. La presión económica abrió las puertas de los grandes cotos de caza mayor para todos los cazadores.

EL PAISAJE

En octubre del año 2000, el convenio del paisaje definía este como la interacción de factores naturales y humanos entre las características físicas del territorio y actividades económicas y culturales llevadas a cabo en él. Al hablar de paisaje cultural, lo entendemos pues como una realidad dinámica.

Nos quejamos con razón de carecer de cultura paisajística, no mostrando interés por nuestro entorno; los seres humanos no somos más que la mitad de nosotros mismos, “despaisados”, según palabra de Ortega y Gasset, vivimos de espaldas a aquel, al que no sabemos mirar ni ver ni escuchar. Pero no hay un yo sin un paisaje y viceversa.

En la actualidad, en Extremadura predominan los paisajes antropizados en mosaico, dominados—entre labrantíos, olivares y acebuchales, matorrales de monte alto y bajo y extensos pastizales -, por encinares ahuecados transformados en ecosistemas. No por azar el lugar central de nuestro escudo lo ocupa un escusón de plata con una encina de sinople fustado.

Lugar destacado en el corazón de los extremeños como escribió José M. Santiago Castelo, enamorado también del fuste y la prestancia de aquellas encinas: “Viviré en los encinares / cuando sólo sea memoria / cuando me borre la historia, / y mis versos sean cantares.... / Por encinas y /olivares / irá vagando

mi alma / y al atardecer con calma / de la clara primavera / oiréis mi nombre en la era / y en el rumor de la calma ”⁸

Las áreas de bosque y monte mediterráneo se hallan distribuidas por toda nuestra comunidad. La que ocupa la mal llamada Siberia extremeña tiene una destacada biodiversidad, obteniendo el 19 de junio de 2019 el reconocimiento de la UNESCO como reserva de la Biosfera. Esta comarca forma parte de las estribaciones más a poniente de los Montes de Toledo, limitando al norte con la de Villuercas-Ibores-Jara, geoparque mundial también por la UNESCO, y al sureste con Sierra Morena. Está surcada por diversas serranías locales, macizos paleozoicos de Navalvillar de Pela y Hornachos, grandes volúmenes de agua embalsada que conforman el mayor litoral de agua dulce de España; cuenta también con algunas masas forestales de repoblación de pinos y eucaliptos, poco aptas como hábitat venatorio; son parajes de singular atractivo visibles desde la cumbre de la sierra del Manzano. Aunque ya poco tengan que ver estos paisajes arbolados con las imágenes primigenias de los bosques y montes extremeños que, durante siglos fueron blanco recurrente de quemas, descuajes y roturas, en sus adentros, –no patente pero sí latente -, palpita aún el alma del humilde labrador o ganadero, creador y conservador de los paisajes, venidos del árbol y de la piedra.

Su huella esculpida a golpe de hacha y azadón ha configurado casi por completo el paisaje actual. Por eso quizás sea ahora un buen momento para, en lugar de someter a juicio crítico sus ac-

8 SANTIAGO CASTELO, José M. *La Sentencia*. Madrid, VISOR, (2015).

ciones, evocar su figura como si se tratara de los grandes héroes de los tiempos de los celtíberos. Sí, antropizaron o labraron el paisaje actual con sudor y humildad. Al igual que sus antepasados del Paleolítico, en el fondo no hacían más que pelear a su manera por la subsistencia. Se merecen sobradamente nuestro respeto y admiración.

Miguel de Unamuno, en su conocido viaje por Extremadura en el año 1911, al pasar por Yuste advertía del error de quienes no veían en las tierras extremeñas más que “yermos y pelados parameros, desnudos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes”.⁹ Durante mucho tiempo los montes ardían por la acción tradicional de labradores y ganaderos, acuciados como estaban por la necesidad de hierbas, pastos, picón y carbón; cierto que ahora se incendian y extinguen por otras razones, cuestión sangrante para abordarla en otro artículo.

La regulación de los caudales de agua de los dos grandes ríos Tajo y Guadiana y sus afluentes y los territorios en regadío han transformado buena parte del paisaje forestal. Sin embargo, a pesar de todo, grandes planicies onduladas, salpicadas de batolitos y cubiertas de encinas, alternan con elevaciones cuarcíticas cuyas laderas se hallan cubiertas por un denso bosque o monte arboriforme y arbustivo –encinas, coscojas, madroñeras, citáceas y ericáceas- y coronadas de enebros y acebuches. Bajo esta cubierta vegetal vive una notable diversidad de fauna cinegética: jabalí, ciervo, gamo, corzo, muflón, cabra montés y arruí.

9 UNAMUNO, Miguel de. *Por tierras de Portugal y España*. Madrid, Editorial Renacimiento, 1911.

Otras especies corrieron peor fortuna. El lobo abandonó su hábitat extremeño. También el asno salvaje, enebro o cebro, al que M. Terrón Albarrán dedicó un estudio en su discurso de recepción en la Real Academia de Extremadura. El ilustre montero extremeño hizo un análisis biomorfológico del équido salvaje extinguido probablemente en el siglo XVI debido a la presión cinegética. En la reseña informativa se detiene en el estudio de su distribución geográfica en Extremadura y Portugal hasta su extinción. Fue publicado en *Memorias de la Real Academia de las Letras y de las Artes de Extremadura* (Guadalupe, Doncel, 1983). Algo parecido ocurriría con los osos de cuyos hábitos migratorios estacionales en la Siberia extremeña se daba minuciosa cuenta en el *Libro de la montería de Alfonso XI*, escrito por encargo real en la primera mitad del siglo XIV, aunque no sería publicado hasta 1582.

Entonces, y en todos los tiempos, los libros sobre caza carecieron de ornamentación, no incluyendo la descripción del medio; pongamos como ejemplo, entre otros, los relatos del que pudo ser, junto al capitán de montería Pedro Castillo, cazador arquetípico en Extremadura, Antonio Covarsí, conocido como el montero de Alpotreque, autor de una vasta narrativa cinegética. Pero en su extensa obra literaria hubo poco lugar para el paisaje: sólo perros y sus castas, lances de caza y especies cinegéticas. En sus relatos vibrantes no había lugar para digresiones, no concediendo interés alguno al arroyuelo de aguas cristalinas ni al macizo de petunias silvestres a florado entre los canchos grisáceos de la pedriza, ni al enebro de la cumbre ni a las azulonas sierras sobre la raya de Portugal.

No cabe decir lo mismo de su hijo el pintor Adelardo Covarsí, Con frecuencia, el paisaje era un escenario improvisado donde el pintor incluía cazadores, monteros a caballo de rostros adustos y quemados por el viento y el sol, guardas de traje de pana con bandolera de piel, las puestas de sol en la cercana Portugal, pero nunca una escena truculenta del animal malherido, muerto o siendo presa de los podencos campaneros amastinados.

Si hay algo inseparable de la caza y su contexto es sin duda el paisaje. El propio J. Ortega y Gasset señalaba en un artículo de 1906 que “los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma; y si no hubiera perdido largos años viviendo en la hosquedad de las ciudades [...] sería ahora más bueno y más profundo. Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres”.¹⁰

Es también el arte de practicar nuestra convivencia con la naturaleza. El amor al campo y a la naturaleza, no sólo el gusto por la caza, una condición *sine qua non* para ser un buen montero cazador.

Francisco Giner de los Ríos, vocero de la Institución Libre de Enseñanza propuso un imperativo estético para el paisaje: “mira y goza”. Para el cazador sin embargo más que mirar es ver y más que ver vivir la cacería, para lo que no debe olvidar que también ha de saber escuchar. Es una apreciación errónea ese entuerto que se dice del silencio del campo. Solo al compararlo con los ruidos de la ciudad cabe hacer esa apreciación. El monte espeso de arbustos, lleno de vida, no puede permanecer

10 ORTEGA Y GASSET, José. *El Imparcial*, “La pedagogía del paisaje”, 17-IX-1906.

mudo. El cazador, para no ser sorprendido, debe permanecer a la escucha en las honduras de la mancha. Alguna carraca o rabilargo, verdaderos centinelas forestales, avisarán del charabasqueo delator del animal que se acerca sigilosamente. O que se aleja discretamente después de detectar nuestra presencia. Así pues más que mirar y gozar, el buen montero debe escrutar y escuchar minuciosamente. Es decir, permanecer mimetizado en alerta para así no ser un sujeto pasivo que no toma parte activa en la experiencia cinegética.

El paisaje viene a ser entonces como un enlace entre lo que nos rodea y las sensaciones propias, la vida, los sentimientos, las ideas, lo subjetivo, nuestro interior. En la misma obra se recoge también cómo F. Giner de los Ríos transmitía a J. Ortega y Gasset lo que le había contado Concepción Arenal: “con los paisajes ocurre lo que en las posadas de aldea; en ellas, la posadera responde – “Señor, lo que usted traiga”–a la pregunta del viajero acerca de qué se puede comer, Pues esto es el paisaje. Lo que cada cual traiga”¹¹

Manuel Terrón Albarrán escribió también sobre el paisaje en el primer aniversario de la muerte del pintor Adelardo Covarsí, representante del regionalismo pictórico extremeño.

“Y Extremadura es profundidad, cósmicamente profunda. Aquí no se concibe lo cercano. A. Covarsí logró adivinar plásticamente esta característica principal del paisaje extremeño

11 MARTÍNEZ DE PISÓN, E. *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos. Nuevas perspectivas*. Madrid, 2012. Vol.I, pag. 9

[...]”.¹² Seguro que se refería a esos horizontes inabarcables que muestran las montañas azules descansando sobre la raya.

En *El sentimiento del paisaje de A.Covarsí* recoge Isabel de la Cruz Solís tanto la impresión de Terrón Albarrán citada como la de Julio Cienfuegos Linares. Este último escribía en la revista *Alcántara* (1951), “A. Covarsí fue el gran descubridor del paisaje extremeño. Extremadura, dura tierra de llanuras, tierra de pobre anecdotario y de silenciosas lejanías inalcanzables difícilmente contenidas por las líneas azules de las montañas”.¹³ Una paleta la del pintor de colores sobrios y delicados, al atardecer el horizonte de nubes se tiñe de tonalidades rosáceas, incendiadas por el último sol que se oculta en el Alentejo.

Pero, justo es reconocerlo, esta campiña del entorno de Badajoz poco tiene que ver con el paisaje agreste y montuoso de la Extremadura prendida de las estribaciones de los Montes de Toledo.

En el mencionado libro de Isabel de la Cruz aparece también la figura de Mariano José de Larra. En 1835 el periodista visitó el entorno territorial de Mérida y la sierra Grande de Hornachos, invitado por el conde de Campo-Alange. Según lo describió, aquellos paisajes del territorio extremeño eran inhóspitos y salvajes. La mayor parte de sus tierras eran “dehesas para pasto, sumamente despobladas y cubiertas de encinas, maleza y jarales. Se podía decir que casi toda ella era un inmenso soto”, concluía Mariano J. de Larra.

12 TERRÓN ALBARRÁN, M. *Hoja oficial del Lunes*. Badajoz. 25-VIII-1952.

13 CIENFUEGOS LINARES, Julio. *Alcántara*, Año VII, 1951.

Allí pudo ver el desarrollo de una montería. La experiencia, a juzgar por sus comentarios, de los que se haría eco Eduardo Martínez de Pisón debió ser muy poco gratificante: “ un desierto donde hormigean jabalíes, venados, lobos, zorros, liebres, búhos, urracas, gallinas, todo revuelto, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando [...]” Aquello era, según sus propias palabras, la “representación perfecta de la creación”

En todo paisaje hay representado una forma especial de vida. Es el resultado de la interacción del hombre y su medioambiente, fruto de la historia y de la cultura. En la obra colectiva *Paisajes culturales del agua* (Cáceres, 2017), coordinada y coeditada por María del Mar Lozano Bartolozzi, cuenta que efectivamente el paisaje es siempre una realidad dinámica y compleja. La complejidad reside en su propia naturaleza participada por componentes naturales, materiales e inmateriales, tangibles e intangibles.¹⁴

Viene pues a ser el resultado de las interacciones de los procesos ambientales, sociales y culturales sucedidos a lo largo del tiempo en un territorio determinado. De ahí la importancia de que el hombre restablezca su relación con el medio ambiente natural, abandonando aunque sea de forma figurada y ocasional el medio urbano. El ejercicio de la caza mayor en montería es una buena oportunidad para retomar la relación.

Ciudad y campo, ciudad y naturaleza, ciudad y paisaje son, en cualquier caso, ámbitos no excluyentes por antagónicos. Este último, eso sí, entendido y percibido como el territorio interiori-

14 LOZANO BARTOLOZZI, María del M., MÉNDEZ HERNÁN, Vicente (Coords y Eds). *Paisajes culturales del agua*. Cáceres, 2007.

zado en cuyas brozas quedaron prendidas nuestras experiencias emocionales y nuestras tradiciones más señeras. Es el paisaje visto y percibido como el interior de uno mismo, porque en cierta manera vemos lo que somos o, quizás mejor, lo que fuimos. Una vida que no nos viene dada ya hecha, sino que tenemos que hacérsola acercándonos como protagonistas al estar, vivir y ser de los cazadores, del paisaje y del paisanaje.

LA MONTERÍA

El médico y escritor L. Barahona de Soto, en *Diálogos de la Montería* advertía por boca de uno de sus interlocutores: “decís que se cazan peces, aves y fieras, pero solamente pienso tratar de la parte que enseña a matar fieras, y de todas estas no todas, sino las necesarias para nuestra comida (sic) y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el nombre o título no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar donde se practica, los montes de nuestra tierra, de donde toma el nombre de montería, bien de puercos y ciervos y otros animales grandes, la caza mayor, o bien de liebres, conejos y perdices, la caza menor”.¹⁵

La montería española es sin duda el paradigma de la caza mayor. Integrada visceralmente en la cultura extremeña, se practica de octubre a febrero en los ecosistemas regionales de monte mediterráneo que sirven de hábitat habitual para los animales silvestres objeto de caza. Su práctica se ajusta durante siglos a un mismo patrón de realización, cuyas reglas han venido siendo

15 BARAHONA DE SOTO, Luís (1548-1595). *Diálogos de la Montería*.

transmitidas oralmente hasta la actualidad como un reflejo de nuestra identidad cultural.

Jenofonte, como ya se adelantó, fue el primer escritor de la antigüedad griega en dar cuenta de esta actividad humana. *Cinegética, De la caza o Caza con perros* (391-392 a. C.),—de estas tres maneras cabe titular a este epítome—escrito casi 400 años antes de Cristo. Fue un hombre que mostró pasión por el campo, la caza y la equitación, como todos los grandes monteros; se trata ciertamente de un tratado técnico menor, pero muy interesante para nosotros. Jenofonte hacía hincapié en el concurso de hombres y perros adiestrados para la práctica exitosa de esta actividad humana ya desarrollada grupalmente por los primeros homínidos del Paleolítico Superior. Entendió como capital para la práctica venatoria el concurso de una mezcla de buenos perros tenaces y valientes de presa, rastro, ladra y viento. Fue precursor por lo tanto de la rehala para la montería hace ya 2.400 años.¹⁶

También el autor señalaba de paso las ventajas del ejercicio de la caza: mantenimiento de un buen estado físico proporcionando salud corporal, perfeccionamiento de la vista y el oído, retraso de la vejez y preparación para la guerra. Alabó a los buenos monteros, a los auténticos; en su *Cinegética* —etimología del griego, *canis, etycon*, conducir, guiar o enseñar a los perros— hablaba de los perros y sus razas, de los “héroes” como Heracles que la habían practicado, de la necesidad del collar de afilados clavos y del ajuar quirúrgico para curar a los canes heridos.

16 JENOFONTE, *Cinegética. De la caza o caza con perros* (391-392).

El libro dedicó una atención especial a los jóvenes a quienes recomendaba ocuparse en dicha actividad, es decir, cumplía con todas las exigencias para la educación de los príncipes. Por esta razón, junto al elevado costo de su ejercicio que exigía el concurso de un numeroso elenco de personas y la necesidad de disponer de grandes espacios de vedados de caza, se convirtió en privativa de los reyes, su entorno cortesano y la alta nobleza.

Por un lado caza y monte o monte y caza, y por otro los dos actores protagonistas, cazadores y perros, he ahí los ingredientes indisolubles de la venación. El epítome de Jenofonte *Cinegetica* o la *Caza con perros* fue fuente y referente autoridad para otras obras escritas en nuestra lengua sobre la montería: el citado *Libro de la Montería*, mandado escribir por Alfonso XI (1312-1350) que es el mayor relato escrito nunca, tanto de las manchas de osos y de puercos en España como de la distribución de las armadas y las sueltas de perros, un verdadero *google maps* cinegético que sigue prestándonos providenciales servicios muchos siglos después. Desde el punto de vista del cazador el máximo interés se centra en el Libro 3^o dedicado principalmente a la caza del oso y el jabalí. Una atención menor mereció la caza de los cérvidos (corzo, gamo y ciervo).¹⁷

Contiene su texto numerosas referencias a la composición de las masas arbóreas dominantes y de las manchas arbustivas y de matorral: pinos, robles, castaños, quejigos, rebollos, encinas, alcornoques y otras especies menos presentes. Especial mención merece el capítulo XIX: su contenido habla de la casa de la Rol-

17 *El libro de la Montería del Rey D. Alfonso XI (1311-1350)*

da, que fue iglesia, y del castellar de Casarente, cerca de la junta de los ríos Guadiana y Guadalupejo, en las proximidades de Valdecaballeros (Badajoz), un “buen monte de ossos en inuierno”. Son los paisajes idílicos de la llamada Siberia extremeña en el quiñón nororiental de la provincia de Badajoz. En las tierras de “Capiella cerca de la foz de Garlitos” se hallaba el Monte de la Moraleja, “muy real de osso en inuierno”, que sería con el tiempo uno de los cazaderos preferidos de Manuel Terrón Albarrán.

Miguel de Cervantes, que fue lector de Jenofonte, dejó escrito en el capítulo XXXIV de la 2ª Parte de *El Quijote* un relato dedicado íntegramente a la caza de jabalíes, que bien parecido resulta a la actual montería española de los montes de La Mancha occidental, Andalucía y Extremadura. En *El Quijote* dejó abundantes muestras de esta apreciación. “Lo mismo que al hombre común que cultiva una huerta o un jardín se le llama hortelano o jardinero, al que se concierta en el monte con los sabuesos para dar muerte al colmilludo jabalí se le llama montero”, escribía en su relato novelesco mundialmente conocido. Todavía más. En el primer párrafo de su novela, Cervantes señalaba que el protagonista del magistral relato era un hombre “madrugador amante de la caza mayor”, una actividad que le procuraba raigambre social.

La caza, entendida entonces como un entrenamiento militar, estaba considerada como la forma de recreo que más convenía a su condición social y sus responsabilidades institucionales. Desde mucho tiempo atrás, en efecto, la caza mayor había devenido en afición propia de reyes y nobles de su entorno como ya se ha adelantado. En 1180 Sancho el Sabio, rey de Navarra, en plena Edad Media señalaba en su obra *Los paramientos de la caza* que

“solo el Rey, los Rico-hombres, los Infanzones y Caballeros podrán cazar los animales de la caza mayor. Prohibimos pues por este fuero a toda persona de calidad inferior que se dedique a esta caza”. En el libro se señalaron las especies de la caza mayor: “oso, jabalí, lobo, zorro, lince, todos destructores, más venados, corzo, rebeco, animales de monte que Dios había dado al hombre para su sustento”.

Pero, sin dudas, lo más relevante del libro mandado escribir por el rey Sancho es el capítulo I, dedicado íntegramente a los preliminares y ceremoniales de cada correría o montería y sus ritualismos religiosos previos. Todavía es un ritual, aunque muy poco frecuentado, el rezo común de un Padre Nuestro y de una Salve antes del comienzo de la montería, con frecuencia dedicados a la memoria de algún montero fallecido. En los tiempos de Sancho el Sabio la notable parafernalia de los ceremoniales religiosos se celebraban a lo largo del día previo al de la cacería real que dirigiría el propio rey navarro, quien decía así:

Hemos promulgado los paramientos siguientes relativos a la caza, con el fin de que todos nuestros pueblos se atengan a ellos por todos los tiempos. La víspera del día señalado para la gran cacería real que Nos dirigiremos en persona que será en el mes de noviembre de cada año los ricohombres, fidalgos, labradores y villanos, que habremos convocado por nuestro apellido se hallarán reunidos a las tres de la tarde en la plaza de la Iglesia de Santa María de Pamplona, y sus caballos enjaezados, sus perros atraillados y sus claveros se colocarán a la derecha, junto al atrio. Los labradores y villanos, también armados y vestidos adecuadamente para la *correría* permanecerán de pie a la izquierda en el otro extremo del claustro. Por último, nuestro alférez, el *mege* (médico) y nuestros mesnaderos, se agruparán en el centro de la plaza, de frente al pórtico de la Iglesia.

Cuando a las 4 horas, las campanas anunciaban la presencia del clérigo, nuestro estandarte real, ondeando al viento, todos los invitados a la cacería, rodillas en tierra, se preparaban para recibir la bendición de Dios. Y mientras nuestro obispo nos imparte sus bendiciones cada uno de los presentes recitará la oración de San Isidoro para el buen éxito de la montería. Y habrá comida gratuita, *conducha, comida y condidura*, para todos los asistentes. [...].

El ceremonial alcanzaba tres días, una duración que en nuestros tiempos sería inasumible.

Aunque no pareciera así, las restricciones de la práctica venatoria se aliviaron a tenor del Real Decreto de 16 de enero de 1772 en el que se ordenaba que “solo podían cazar con escopeta y perro los nobles y los eclesiásticos y todas las personas honradas de los pueblos en quienes no hubiera sospecha de exceso y de ningún modo los jornaleros y los que sirven oficios mecánicos, que solo lo podrán hacer en los días de fiesta y para su diversión”.

Sin embargo, no fue hasta las Cortes constituyentes de Cádiz cuando se produjo el primer intento de liberalización de la caza debido a la sobreabundancia de algunas especies como el jabalí, lo que producía un quebranto notable de los cultivos agrícolas, así como otros daños colaterales. Primero, la liberalización de 1811 que se suspendería en 1823; más tarde la R. O. del 2-II-1837 establecía que “en adelante todos los españoles podrán cazar sin otras trabas y limitaciones que las que a todos imponen la justicia, la equidad y el bien común”.

En Extremadura las áreas geográficas de bosque y monte mediterráneo de mayor interés cinegético,—aunque su ejercicio esté en algunas muy restringido o prohibido a pesar del siner-

gismo positivo caza, biodiversidad, conservación medioambiental -, son la Sierra de Gata y las Hurdes, el Parque Natural Tajo Internacional, sierra de San Pedro, Monfragüe-Valero, Parque Nacional, Villuercas-Ibores-Jara, Geoparque Mundial y La Siberia, uno de los territorios extremeños de mayor biodiversidad.

A todo lo dicho cabe añadir a modo de colofón que la montería es una modalidad de caza mayor practicada grupalmente en la que concurren, por un lado un grupo de cazadores con frecuencia conocidos entre sí y otro, más reducido, de perreros que participan con sus perros de mucho oficio batiendo el monte para “desencamar” y hacer huir hasta los puestos a los especímenes autorizados de caza. Los canes despliegan una actividad destinada a tener un papel esencial en la búsqueda, acoso y persecución de las presas que serán empujadas hasta alguna línea de escopetas situadas en las distintas armadas con que se ocupa y cierra la mancha o cazadero. Tradicionalmente, los perreros guiaban la progresión de sus canes dentro del monte, valiéndose de caracolas como instrumento musical de viento que servía para la ejecución de órdenes.

En Almería, el resto de Andalucía y Extremadura, aún se usan para transmitir órdenes simples o mensajes breves. La caracola actúa como una caja de resonancia que amplifica el ruido ambiental; sonido fluctuante, va y viene como ocurre con el sonido de las olas del mar cuando alcanzan la playa, emitiendo su propio sonido sin par. En un auténtico mar de brezos, la caracola evoca la bocina de los barcos en los días de espesa niebla. Nos traslada a un mar de neblinas. Abriéndole un orificio distal, al insuflar aire en el interior, se comporta como un instrumento

sonoro capaz de emitir órdenes y mensajes de regreso, llamada o agarre, vuelta a la suelta.

Pero el hecho de cazar en montería no se reduce a estas acciones apuntadas. Antes y después discurren secuencialmente otros hechos y prestezas desde el orto hasta que el sol está en el ocaso o aún después. Si el cómputo del tiempo ocupado en la celebración de una montería se puede estimar en unas tres o cuatro horas, pocas veces más, quiere decirse que habrá un tiempo adicional de unas seis o siete horas, importantes también. Por esa razón se suele decir que la montería termina cuando empieza la cacería. Sancho el Sabio, rey de Navarra, señaló como especies principales, por un lado, al oso, jabalí, lobo, zorro, lince, todos destructores. Los más codiciados, oso y jabalí, por sus dificultades y peligros, más venado, corzo, rebeco, animales de monte que Dios dio al hombre para su sustento. Inadvertidamente dejaron a un lado la cabra montés de Gredos y el gamo. Como hemos apuntado anteriormente, en Extremadura había en la Baja Edad Media una especie más de caza mayor, el asno salvaje o enebro, extinguido a lo largo del siglo XVI.

Así pues, aunque sea solo con carácter enunciativo vale la pena, a los fines de este relato informativo, detenerse para revisar y analizar la secuencia de acontecimientos relacionados causalmente con la celebración de una cacería mayor en la modalidad de montería española, desde el encuentro matinal hasta que a la tarde o tarde noche se entregan los trofeos, dando por finalizada la jornada de caza.

Pero antes que nada debo hacer un inciso para llamar la atención sobre que en esta participación bipolar monteros-perreros

estos últimos han pasado de protagonistas de la cacería a subalternos que, ni aunque cumplan, merecen y reciben una muestra de consideración. Creo que es un buen indicador de por dónde caminan las cosas, algo que debería preocupar a todos los amantes de esta caza. La generalización de las monterías y sus variantes organizativas acabó despertando muchos recelos a finales del siglo XX, tanto respecto de su idiosincrasia como de su futura viabilidad. La Federación Española de Caza, junto a otros organismos de defensa de esta actividad venatoria tan singular, emitieron un Manifiesto en 1994 en el que reclamaban la necesidad de salvaguardar y defender las esencias de la montería en peligro de degradación o extinción.

La montería española amenazaba con morir de éxito. Se decía en el Manifiesto: “la defensa de la caza y su cultura, como actividad integrada en la socioeconomía del mundo rural, en el ocio y diversión y también en la defensa de la naturaleza, pasa por una mejor gestión y buen uso de los recursos cinegéticos”.

La montería da comienzo con el desayuno y sorteo de los puestos. El lugar del encuentro suele ser sobre las 9h. de la mañana en alguna nave u otra edificación de la finca, si la propiedad lo permite o bien en el pueblo más próximo. En su defecto, algún establecimiento hotelero cercano puede servir. Alejarse discretamente de la mancha puede evitar que la caza, alertada por los ruidos y sobre todo por los ladridos de los perros, abandone sus encames más próximos, vaciándose el cazadero antes de tiempo y dando al traste con la cacería. Como desayuno colectivo el menú clásico es el de migas con chorizo y huevos fritos.

Esta primera convivencia matinal servirá a los fines de robustecer el sentido de pertenencia y la cohesión del grupo de iguales o afines, estrechando los vínculos y alianzas afectivas, y fortaleciéndose como consecuencia la identidad colectiva. Es el tiempo de mayor interacción social. Se mejora los niveles de autoestima de los participantes quienes exhiben alguna prenda o complemento de color amarillo reflectante que les identificará fácilmente en el monte. Una vez concluido el sorteo de los puestos los monteros podrán conocer las características y situación de la postura asignada—traviesa o frontera -, consultando bien el plano esquemático que suele ir impreso sobre la papeleta del sorteo o bien el plano de mayor tamaño, colocado sobre un panel en un lugar bien visible del lugar de encuentro. De nada servirá inquirir información del postor sobre las bondades del puesto asignado por sorteo. Invariablemente responderá: “el año pasado tantos y el anterior, cuantos y más. Una boca soberbia y una cuerna plata”.

Tras el sorteo de los puestos, el capitán de montería, máxima autoridad en la mancha, transmitirá a los monteros las informaciones pertinentes relativas a la hora de la suelta de los perros para el buen desarrollo de la cacería, disposición de las armadas, número de rehalas participantes, especies de caza autorizadas y su número, haciendo especial énfasis en las medidas generales de seguridad. “Dejar cumplir la caza en el puesto empujada por los perros” es un mandato obligado. El capitán apelará a la caballerosidad de todos los monteros advirtiéndoles que prevalecerá el derecho de primera sangre y de que, en caso de discusión sobre quien dio muerte al animal, la última palabra inapelable le correspondería a él por su condición de capitán de la montería.

Finalmente, antes de partir hacia sus puestos habrá un rezo colectivo –Salve o Padre Nuestro–, un ritual propiciatorio que cada día pierde adeptos en una sociedad ya bastante más laica y secularizada. Tras la alocución del capitán de montería los monteros miembros de cada armada son trasladados hasta sus posturas por un postor que, finalizada la montería, los devolverá de nuevo al lugar de salida. Nadie, salvo fuerza mayor, podrá abandonar su puesto ni “mejorarse” trasladándose a otro lugar próximo. Igualmente está prohibido doblar el puesto, es decir, compartirlo con otro cazador armado.

Una vez montadas todas las armadas, primero las de las fronteras de la mancha y después las traviesas de su interior, se produce una o más sueltas de rehalas en función de las características del terreno. Batida toda la mancha, los postores de cada armada desmontan las posturas, verificando que se han señalado correctamente los animales muertos y regresando al lugar de encuentro.

A continuación se sirve la comida que suele ser un plato contundente de alubias o garbanzos. Es un intervalo de tiempo que sirve para comentar las incidencias y resultados. Compartir la mesa, el pan y el plato con amigos y afines es mucho más que la rutina de alimentarse, es un acto de despliegue de risas y afectos; es llevar a cabo un ejercicio de sociabilidad con personas de similares aficiones culturales. Etimológicamente compartir y compañero significan comer del mismo pan, remedando lo que hacían nuestros ancestros: compartir la caza y el alimento asegurando la subsistencia.

Es un tiempo importante en el desarrollo de la montería. Presta la oportunidad y es el momento para comentar la labor de los perros, los lances y las trolas, las dificultades de la mancha, la abundancia o no de caza, la inexperiencia de algún montero,..... en fin un tiempo de relajación, comunicación fluida y de reparto de afectos. Para algunos participantes es su momento estelar. Refiriéndose a su preeminencia no es infrecuente oír decir a algunos monteros: “ ¡Oh!, la montería, que maravilla sino fuera por ese tiempo eterno que hay que permanecer encaramado en los peñones de la cumbre, o en una traviesa a dos caras o dando el aire en un cierre”.

Mientras se come, los encargados de la recogida de los animales muertos, algunos de ellos provistos de una etiqueta identificativa, son trasladados desde el monte hasta el espacio debidamente acondicionado de la “junta de carne”. Allí se forma el tapiz, tapete o alfombra de animales cobrados en la montería. La exposición dura lo que el veterinario juzgue oportuno. Él autoriza su manipulación, evisceración y transporte con guía sanitaria.

Puede ser que haya entre los monteros participantes un cazador novel que mate por primera vez un animal de alguna de las especies autorizadas en la montería. En el argot cinegético se le llama “novio”. Es habitual que sea sometido a un juicio sumario que discurre como un ritual de carácter iniciático en la colectividad, y también de carácter expiatorio o de reparación por haber dado muerte intencionadamente y a traición a un animal bueno e indefenso. El proceso está plagado de irregularidades como que el abogado defensor se vuelva en acusador implacable o que no sea respetada la presunción de inocencia, siendo por el contrario

objeto de vejaciones y castigos, a veces exageradas y censurables. El presidente del tribunal suele ser el capitán de montería que exhibe una conducta arbitraria con el aspirante a recibir el título de montero. El fallo, siempre condenatorio, suele ser el pago de las bebidas o una multa simbólica tras de la cual al novio se le expide el título de montero.

REHALA

La caza fue la primera de las actividades que el hombre y el perro llevaron a cabo juntos. Los abundantes despojos cárnicos derivados de la caza y muerte de grandes animales –renos y équidos salvajes- precipitaron la alianza y domesticación de los cánidos venidos del lobo. A lo largo de los siglos el hombre fue seleccionando al perro para adecuarle a sus intereses hasta la actualidad.

La rehala está formada por un grupo de perros de distintas razas, entrenados para la caza mayor. La componen entre doce a catorce colleras—en Extremadura entre 20 a 30 ejemplares—bajo el dominio y la guía de un hombre experto a quien se conoce como perrero, el cual puede ser titular dueño de la jauría. O no, en cuyo caso actúa como un mero prestador de servicios por cuenta del rehhalero dueño de los perros. A cambio de dicha prestación, capital para el desarrollo de la montería, el perrero en su caso o el dueño de la rehala reciben uno o más puestos de invitación, según el valor cinegético de la mancha, que en el primer caso suelen vender en el mercado.

La nobleza y las clases pudientes solían ser los dueños de rehala hasta el siglo pasado. Disponer de una rehala franqueaba

al titular las puertas de muchas fincas que ni el dinero ni las influencias podían remover. Los dueños de fincas que se invitaban entre sí raramente dejaban resquicios para colarse en sus círculos muy cerrados e impermeables. Pero la aparición del mercado cinegético rompió con el *status quo*. La montería por invitación pasó a ser una montería comercial, abierta a todos los cazadores pudientes y los dueños de rehala empezaron a ser perreros que dedicaban su rehala a la caza mediante el pago de un estipendio o su valor en puestos de caza.

La base de la rehala de caza mayor suele estar formada por un grupo mayoritario de podencos andaluces de talla grande y pelo duro, frecuentemente de genealogía incierta, a los que se suman dos a cuatro dogos, alanos, mastines cruzados o presa canario o de morfología y carácter afín y una collera o dos de perros punteros de vanguardia, con la delicada función trascendental de localizar y desencamar la caza. Encontrar la caza, emitir los ladridos de alerta, acosarla contra las armadas y, a veces, sujetarla con la ayuda de los perros de presa para darle muerte a cuchillo, son los momentos estelares. La rehala es el fundamento de la montería. A los perros se les exigía oficio y sociabilidad, afición, olfato, tesón, valentía y dicha o ladra.

Sin embargo los podencos son muy poco tolerantes al esfuerzo, razón por la que se acudió poco a poco a un cruce de podenco con mastín leonés extremeño. Para mejorar su capacidad para el rastreo de las reses, el marqués de Valdueza introdujo en su grupo étnico canino el cruce de podenco con mastín, a los que, para mejorar su dicha y olfato, añadió sangre de grifón. Estos perros de talla grande, y pelaje blanco y duro, de gran prestan-

cia, se muestran siempre muy activos, de mucho coraje. Son de aspecto rústico, pero de mucha presencia, con pelo blanquecino, dotados de gran olfato al viento y de rastro y de un ladrido potente. Durante un tiempo inicial estuvieron criándose en la finca Azagala de Extremadura de donde fueron trasladados a Piedrabuena (Ciudad Real).

Estos perros valdueza son el producto de más de 70 años de rigurosa selección iniciada por el entonces titular nobiliario Alonso Álvarez de Toledo y Cabeza de Vaca en los años cuarenta del siglo pasado,—quien contrató los servicios del excepcional perrero Pedro Castro, *Periquillo*-. La labor fue continuada por su hijo, Alonso Álvarez de Toledo, el actual marqués de Valdueza, hasta el día de hoy. Se trata de perros adaptados a los suelos duros y pedregosos de las sierras de Extremadura, Montes de Toledo y Sierra Morena; homogéneos y de carácter similar, es decir conformando una nueva raza española de un biotipo estable con unas análogas morfología y funcionalidad. Poseen el poderío del mastín, la viveza del podenco campanero y el olfato, la habilidad rastreadora y la dicha del grifón. Han pasado pues de formar un grupo étnico a ser una raza pura canina española (Orden AFA/698/2020 del 21 de julio, actualizada en un anexo del Real Decreto 558/ 2001 de 25 de mayo), emblemática y muy icónica en los montes y sierras de Extremadura.

Parecido color blanco tuvieron los perros de la famosa reha-la de la duquesa de Montellano, Hilda Fernández de Córdoba y Mariátegui, que disponían de asiento en la finca Valero, lindante con los montes de Monfragüe. Sus perreros monteaban a caballo y los perros eran blancos para poder ser mejor distinguidos en el

monte, pero no importaba que fueran de padres desconocidos y de incierta genealogía. Era espectacular el remate con todos sus perros en el puesto, ocupado por la duquesa al final y como colofón de la montería que cada año se celebraba en los montes de la umbría del actual Coto Regional de Caza de Matallana (Alía); lindante al norte con la finca Castañarejo de Juan Lladó, con quien tuve la fortuna de compartir espléndidas jornadas en las cumbres de las Villuercas.

La afición del uno y de la otra tuvo que ver sin duda con las influencias de la campera ejemplar y gran amante de los perros la Infanta Alicia de Borbón-Parma. Tía del rey Juan Carlos I, la mujer que pudo reinar en España. Vivió en su finca La Toledana, cerca de Retuerta de Bullaque en los Montes de Toledo. El lugar fue durante muchos años el punto de reunión de la alta sociedad y de la realeza europea aficionada a la montería española, una modalidad de caza mayor que solo se practicaba en España.

Entonces, la asistencia y participación en las monterías requería una rigurosa invitación. La Infanta fue una gran amante del campo, de los perros de caza y de la montería. Hasta el día de hoy, fue la única mujer en poder de un ejemplar de las diez especies de la fauna cinegética española. No había una finca en los enclaves territoriales de Toledo, Ciudad Real y Extremadura, que se preciara como coto de caza mayor, que no tuviera el que se llamaba puesto de la Infanta, generalmente un sopié de la traviesa principal que nadie podía ocupar. Introdujo en España razas de perro como el teckel, drathaars y sabueso de Babiera, algunos inseparables ya de las monterías y cuya vista en el campo ya nos resulta familiar.

Otro grupo étnico que adquirió pronta popularidad y reputación fue el de los llamados perros naveños. Proviene del corazón de las Villuercas, una pintoresca villa, Navatrasierra, de donde les vino el nombre. Primero buscaron el cruce de podenco y mastín, que abandonaron por el del pointer con podenco, al que refinaron con un nuevo cruce con azul de Gascoña; de talla mediana para conseguir un biotipo estable no muy grande, de pelo blanco con manchas negras, muy polivalente, sociable, con muy buenos olfato y dicha. Muy cabezones y valientes forman grandes ladras tras los jabalíes y ciervos, entrando con ímpetu a los agarres.